

La Cultura.

LETRAS honra sus páginas con la publicación de este artículo inédito de nuestro venerable maestro el Dr. Alejandro O. Deustua, que a pesar de haber sido escrito en los primeros meses de la guerra europea de 1914, conserva toda su actualidad y lozanía, como una prueba tangible del valor eterno de los ideales que en él defiende el autor, con la fuerza y valentía que le son características.

Biblioteca de Letras

Jorge Bucsinelli Converso

Los medios puestos en práctica en la guerra actual para obtener el más breve y eficaz aniquilamiento del adversario, han suscitado, de nuevo, la cuestión relativa a la definición de cultura, entendida de muy diversos modos, según el punto de vista desde el cual se considera la perfección humana.

Ya, en otra ocasión, expuse a este respecto, la razón de ese diverso criterio, e hice notar que, al través de las acepciones atribuidas a ese concepto, se mantiene constante la influencia del intelectualismo tradicional en el ideal de perfección ofrecido como tipo de la actividad síquica.

La cultura consiste así, en *saber* en adquirir la mayor suma de conocimientos y en producir resultados prácticos mediante la germinación teórica adecuada de esas adquisiciones. Todas las formas de cultura tienen esa característi-

ca del *saber* y del *saber hacer* y tienden a una finalidad particular: la *cultura técnica*.

No debe extrañar, por eso, que se comprenda, dentro de esos términos extremos, desde la cultura puramente científica, hasta la artística, incluyendo la económica y aún la filosófica, como hace notar Remy de Gourmont, refiriéndose a un notable estudio de M. Luis Dumur.

La cultura significaría actividad creadora, actividad genial, pero entendida siempre como función del pensamiento, a la que cooperarían, como subordinados, los otros dos factores elementales de la conciencia.

Ciertamente, cuando se habla de la cultura en Alemania no es posible dejar de reconocer que en la nación germana la idea, la teoría, tiene sobre la voluntad un poder dinamogénico que parece eliminar casi el factor afectivo. Cómo esa raza, que se distingue profundamente de la latina, por su naturaleza romántica, por su espíritu de libertad individual, sentido profundamente, haya operado esa transformación sustituyendo la solidaridad intelectual por esa libertad, es cosa digna de estudio. Pero sea que la educación clásica haya saturado el espíritu alemán de ese sentimiento lógico de *orden*; sea que el ideal romano de fuerza haya tenido una espontánea y simpática adhesión en el alma germánica, no hay duda de que el intelectualismo ha triunfado en Alemania, generando una civilización eminentemente científica y, por consiguiente, industrial y guerrera.

Los hombres representativos de Alemania son grandes intelectualistas. Kant proclama el imperio de la razón como ley; y este imperativo domina aún en Shopenhauer, que hace de la voluntad un mal y de la Idea redentora un bien, en el naturalismo de Goethe y aún en el sentimentalismo de Schiller.

En Alemania, como en Grecia, como en Roma, la armonía, la solidaridad, la cohesión, la organización, el sistema, la uniformidad, mantienen el primado de la razón en la idea de humanidad, el primado de la ley absoluta que no deja campo a la arbitrariedad del sentimiento; algo más, que tiende a eliminarlo de las leyes del trabajo mental como causa de perturbación y de fatiga, según se infiere de su ciencia pedagógica contemporánea.

La teoría de la *Einführung*, que parece una novedad en su sicología, es la teoría de la idea-motriz, que tiende a establecer la sugestión de la idea con un fin práctico aún en el arte mismo. Pensar bien para hacer bien, como se dice que pensaba y hacía Napoleón Bonaparte, tal parece el ideal de la cultura alemana, para la que toda consideración extraña a esa técnica no tiene o no debe tener importancia en el ejercicio de una actividad fecunda en el exterior.

Que esa forma de cultura es eficaz lo demuestra el gran poder económico y militar germánico, al que ha contribuido poderosamente la dirección positivista del pensamiento alemán consagrado a convertir en actividad científica toda actividad humana. Pero que esa forma sea la que sustituya con ventaja el ideal de la felicidad que se había forjado el hombre bajo la influencia del sentimiento cristiano, eso es lo que no podrá sostenerse sin desconocer la autonomía del espíritu, que no se limita, ni puede limitarse a pensar libremente, es decir sin otra imposición que la de la Lógica.

No es necesario exaltar el sentimentalismo para demostrar teóricamente, que una cultura que pugna contra el desarrollo de la paz afectiva de la conciencia es contraria a una concepción real y verdadera del hombre, que se *siente hombre*, porque se *siente libre*, porque se siente *espíritu*, porque encuentra, por medio de ese sentimiento, la causa de su superioridad sobre todo ser que vive y no es capaz de

sentirse vivir, de apreciar la finalidad de su vida, de formular un juicio de *valor*, como lo formula el sentimiento en la conciencia humana.

El sentimentalismo es un mal, porque todo exceso es perturbador; pero el sentimiento es un bien; es el amor que convierte la solidaridad puramente económica en solidaridad moral y pone un límite a la voluntad dominadora introduciendo en ella el sentimiento de justicia, que escapa al determinismo riguroso del pensamiento y convierte la voluntad *destructora* en voluntad *libremente cooperadora*.

En donde se encuentra ese sentimiento la idea de solidaridad libre surge para distinguirse de la simple yuxtaposición de voluntades. El hombre no es solidario moralmente con la naturaleza. Para serlo con los animales necesita trasladar a ellos algunos de los caracteres humanos. Ese antropomorfismo no es fácil con lo inanimado, que el hombre destruye con satisfacción para adaptarlo a sus exigencias transformando sus propiedades. El hombre, en esta labor, pone a *Biblioteca de Letras* servicio todos los recursos de la ciencia y sistemáticamente destruye y transforma sin que el sentimiento proteste. Ruskin era considerado como un loco, porque, en nombre de lo bello, protestaba de las transformaciones de la naturaleza impuestas por el egoísmo económico.

El profundo desdén de la ciencia por lo que podría llamarse los *derechos estéticos* de la Naturaleza, es una necesidad impuesta por el progreso natural. El hombre de ciencia, el hombre en quien el pensamiento domina con esa voluntad de destruir para transformar, opera maravillas en el orden técnico y en sus productos económicos; su cultura consiste esencialmente en *saber* y en *saber hacer*, su ideal de perfección el de realizar su obra con ahorro de tiempo y de trabajo y con una destrucción y transformación las más grandes.

El ideal humano ante la Naturaleza es el de la conquista absoluta, es el de la adaptación de la Naturaleza a las necesidades engendradas por el egoísmo individual o colectivo. El hombre persigue lo útil y nada más. Su actividad, auxiliada poderosamente por la ciencia, es exclusivamente económica. El sentimiento y la voluntad intervienen en esa conquista; pero el sentimiento tiene carácter lógico y la voluntad se encuentra bajo el imperativo biológico. El hombre sentirá el vivo interés de vencer, la satisfacción de la victoria alcanzada, los dolores de la duda, de la impotencia, de la desesperación; pero esos sentimientos nacen de la relación con la verdad o con los resultados materiales; no son sentimientos que trascienden del dominio del pensamiento consagrado a la conservación y desarrollo del hombre superficial. La voluntad adquiere la fuerza y la tenacidad que le dan la concentración a un objetivo único; pero será siempre voluntad externa y aplicará esas cualidades a las cosas eliminando toda idea de valor *moral*.

Esa es la actitud del hombre ante la Naturaleza, no cuando la contempla como un artista o como un religioso sino cuando hace de ella la fuente de sus satisfacciones egoístas. La cultura tiene entonces un significado puramente económico; se limita a saber hacer, aunque para eso tenga necesidad de inventar fines y métodos. Su actitud en presencia de la divinidad es absolutamente opuesta. Si en la anterior el hombre es actor y la Naturaleza pasiva o reducida a la pasividad o a la inercia por la necesidad del conocimiento y de la acción, en ésta toda actividad se concentra en el espíritu divino. El hombre se limita a recibir como favor divino lo que no puede alcanzar por sus limitados esfuerzos. Ese favor divino se realiza mediante la revelación y el hombre no necesita más que comprenderla y cumplirla. Pero para comprenderla y cumplirla no le basta *saber pensar y saber hacer*. El conocimiento de las cosas di-

vinas es *intuición*, es *adivinación* en cierto modo, es función del sentimiento esencialmente. Quien no siente lo divino con profundidad no es capaz de comprenderlo y obedecerlo. Por eso la religiosidad se perfecciona a medida que se acentúa el subjetivismo de la conciencia, el místico es un físico como ha dicho James.

El hombre ante la divinidad necesita, pues, *saber sentir*, más que saber pensar lógicamente y saber hacer. La vida religiosa es por excelencia contemplativa. El mundo del místico es el de la conciencia; porque es allí donde puede encontrar los más perfectos símbolos del espíritu divino.

¿Pero, en que consiste el saber sentir? El intelectualismo, que ha dominado y sigue influyendo en el criterio humano, ha impedido a la Psicología estudiar profundamente el sentimiento determinando su naturaleza y su evolución. Se habla de profundidad, de altura, de elevación, de extensión del sentimiento, aplicándole símbolos completamente extraños a su naturaleza, haciendo de él un fenómeno biológico o relegándolo a las oscuras formas de la voluntad o de la inteligencia. Se describe sus matices, se gradúa su intensidad, se califica sus aberraciones, se exalta su poder intuitivo superior al del pensamiento, pero se reconoce la insuficiencia del lenguaje hablado para aprehenderlo en su esencia. Sólo la Música es capaz de interpretarlo con la vaguedad de sus notas y combinaciones.

No obstante, la Psicología voluntarista ha permitido esclarecer la vida afectiva introduciendo en ella el poder sintetizador de la voluntad. El sentimiento es una reacción que responde a la tendencia favorecida o contrariada por la imagen. Por eso afecta dos formas que pueden considerarse como signos de la actividad volitiva. Pero el placer sensorial o el dolor de esa especie y grado tienden a resolverse

inmediatamente en movimientos de expansión o de contracción, que se realiza de modo impulsivo agotándose en un breve esfuerzo. Podría decirse, siguiendo el pensamiento de Bergson, que esa rápida evolución se consume en el hombre superficial, en el que la perfección se bifurca tomando sus dos elementos, imagen y movimiento muscular, direcciones opuestas. No sucede lo mismo cuando la voluntad asocia, funde con energía, la imagen y el sentimiento y permite que éste acompañe a la evolución de la idea, en su progreso de solidaridad y elevación.

Se sabe ya que el yo no es un fenómeno simple, sino una complicación o, como se dice, una interferencia de muchos yo, que hacen del hombre un ser social. El yo se desarrolla dentro del ambiente físico y el social y el compulso de fenómenos que constituye su faz histórica hace de él un sistema que tiene mayor o menor cohesión según el predominio de un factor sobre los demás, como centro de organización. Eso explica tanto el carácter amorfo como la diversidad de caracteres en que se fundan las razas psicológicas y sociológicas. Es la voluntad la que opera esa sistematización y le da *cierto valor*, es el artista que, valiéndose de las imágenes y de los sentimientos, construye esas melodías síquicas que se llaman almas.

La voluntad da así, duración al sentimiento, tenacidad a la energía, extensión a su influencia y, sobre todo, la fuerza de la solidaridad con la armonía de otros yo, fuerza que alcanza su intensidad máxima cuando se restringe a la unión de dos yo, por el vínculo del amor. Saber sentir es, por tanto, saber convertir en solidario el sentimiento, transformando la inclinación egoísta de la animalidad en expresión altruista de espiritualidad y de libertad.

Esa solidaridad puede ir hasta fundir dos seres en uno, por el sometimiento y la absorción. En este caso la libertad

sucumbe; se apetece la esclavitud; se goza con la conquista sufrida. Tal es el caso del amor platónico y especialmente del amor divino. El sentimiento se convierte en eliminatorio y entonces se siente, pero propiamente hablando no se *Sabe* sentir. El estado de misticismo se asemeja al de inconciencia.

Una cultura religiosa ofrece, por esta razón, la antítesis de la cultura económica. El hombre vale por la intensidad de su amor a la divinidad más que por su ciencia y sus obras.

La cultura moral coloca al hombre en otro género de relación. Su actitud no es ya la de conquistar la Naturaleza ni la de ser conquistado por la Divinidad. La idea de *conquista* desaparece y surge una idea opuesta, la de *libertad*. El hombre se encuentra ante el hombre, que no es inferior como las cosas, ni superior como Dios, sino que es un ser virtualmente igual no obstante las diferencias que ofrece en la vida la humanidad concebida como tipo de esos modalidades. El hombre considerado esencialmente como un ser libre, como sujeto de derechos y deberes, se impone como resultado de los esfuerzos del individuo para no ser absorbido por la colectividad de la que es factor.

En esta nueva actitud al hombre no le basta ya *saber*, *saber hacer* y *saber sentir*. La solidaridad en la acción común sobre la Naturaleza o en el culto común a la divinidad no permite esa individualización que supone un fenómeno nueva en la conciencia, el sentimiento de personalidad, que se funda en la conciencia autónoma, libre, apta para juzgar el valor de las acciones individuales ante la impresión heterónoma. El hombre necesita, entonces, además, *saber querer*; es decir, *querer con libertad*, *querer con arreglo* a un *cierto ideal de humanidad en el que la libertad triunfe sobre la tiranía del todo*.

No hay cultura moral sin ese ideal ¿En que consiste éste? Eso es lo que la cultura moral no puede responder. El ideal humano, todo ideal, deriva de una función superior, de una actividad integral, que abarca todas las energías del espíritu, que, por eso mismo, es libre, con toda la libertad posible en la realidad y que se llama *imaginación*. La imaginación *crea* el ideal, ese orden de lo mejor, que contempla el espíritu, descontento de la realidad y anheloso de una vida más feliz, que se resume siempre en una vida menos coactada, más libre. La voluntad, desarrollando las energías virtuales del espíritu, crea ese orden, que no es, como el ideal intelectualista, producto abstracto obtenido mediante la eliminación de las diferencias que constituyen la vida, sino entidad viviente que anima el espíritu con más poder que el que la vida fisiológica imprime a las cosas tangibles.

Saber crear así, es tener cultura estética. La moral recibe de esta cultura sus ideales vivientes de progreso humano en un orden cada vez más libre y bienhechor y, después de santificarlos, los impone a la conducta con esa necesidad que Kant calificó de imperativo categórico, convirtiendo la necesidad moral en necesidad lógica.

El ideal de humanidad no nace del juicio lógico; no es obra de la razón, por absoluta que se le suponga y por elevada que se le coloque; no es, como creía Schiller en sus famosas cartas sobre la educación, una armonía del hombre de los sentidos, del hombre *materia*, con el hombre de la razón, el hombre *forma*. Esa antinomia no existe; la homogeneidad de los fenómenos cognocitivos, cualquiera que sea su fuente, está demostrada por la Psicología. La verdadera antinomia está entre los sentimientos que detienen el desarrollo multilateral de la ciencia y los que los favorecen; entre el egoísmo que se convierte en egolatría y el altruismo que pugna por libertar el alma de esa esclavitud interna,

mucho más poderosa que la impuesta de fuera. No hay conflicto de ideas sino de tendencias, afirma con razón la psicología contemporánea. El conflicto está en la voluntad que lleva al espíritu hacia la altura y la voluntad que pretende hacerlo descender a los abismos de la animalidad.

Fichte lo había dicho ya en sus cartas a la Nación, igualmente famosas y de la misma época, de esa época en la que Alemania sufría la tiranía del conquistador francés.

“El hombre no quiere sino lo que ama. El amor es el resorte único e infalible. El amor del bien por sí mismo, en tanto que es bien, es lo que debemos sustituir a ese egoísmo material de hoy más inútil. El amor del bien por el bien mismo, abstracción hecha de su utilidad para nuestros intereses, lleva en sí la forma de la satisfacción interior, complacencia en el bien tan íntima que nos vemos arrastrados a realizarlo en la vida ordinaria. Esta satisfacción interior es la que la educación nueva deberá proporcionar de un modo absoluto a sus alumnos y, a su vez, la satisfacción interior creará en el discípulo una voluntad firme, irrevocablemente dirigida hacia el bien”.

Pero Fichte, no obstante sus himnos a la libertad y su amor al bien, no supo crear un tipo de educación que respondiese a esa libertad como supremo bien. Fichte fué también un teórico panlogista, que llevó el amor al orden, al espíritu de solidaridad hasta un ideal liberticida, como su maestro. La cultura intelectual debía ser la llama inextinguible del amor moral del alumno; ella sola debía llevar la claridad al pensamiento y la pureza a la voluntad; realizar el gran esfuerzo de la época para sustituir los sentimientos oscuros por las ideas claras.

No era por eso medio, como podía detenerse el egoísmo disolvente y constituir una cultura moral libre, en la que Fichte no pensaba. Fichte creía que la disciplina y la

corrección eran más esenciales que esa libertad destinada a fines superiores que exceden del Estado mismo y penetran en el dominio religioso. La libertad de pensar era también para Fichte como lo es para todo alemán la más preciosa y quizá si la esencia de las libertades apetecibles.

Esa libertad no basta en la cultura moral. Ella asegura el progreso de la ciencia, pero no es una garantía segura para la moralidad de las acciones. La moral, con esa sola libertad puede tomar como tipo definitivo y estable, el ideal económico o biológico y establecer como principio universal de acción la conquista por la fuerza y el desprecio de cuanto es inútil para esa conquista. A ese extremo llegó Nietzsche con su poder de querer fundado en el principio de selección inconsciente e inconsiderado que preside la lucha de las fuerzas físicas.

Saber querer no es eso. Eso es simplemente *saber hacer* poniendo la voluntad externa al servicio del egoísmo. El *saber querer*, en el orden humano, importa la síntesis de todo saber, del saber pensar, del saber sentir y sobre todo del saber crear un ideal de libertad completo, que imponga la cooperación en vez de la lucha, que excluya la conquista como fin y haga del progreso, no una función eliminatoria, sino de concentración y enriquecimiento como en las individualidades más bienhechoras. Sin la cultura estética ese ideal es imposible de alcanzar; sin la cultura científica o lógica, su virtualidad poderosa no podría desplegarse; sin la cultura económica la voluntad carecería de la energía tenaz del conquistador para mantenerse en la ascensión hacia la cima del progreso, y sin la cultura religiosa no se imprimiría a ese ideal el sentimiento profundo que sólo la fé en el porvenir puede ofrecer. La cultura estética crea al hombre ideal, al hombre verdaderamente libre, al artista, tomada esta palabra en sentido lato; la cultura científica

crea al sabio, la económica al guerrero, la religiosa al santo; la cultura moral crea al hombre social, al hombre bueno, que tiene en su alma el germen de todas esas personalidades.

Por esto, nada hay más difícil que moralizar; porque ningún adversario es más peligroso que el egoísmo germen de una cultura pragmática, ni hay sendero que demande más esfuerzos que el de la pura moralidad, ni conciencia más compleja que la depositaria del valor moral. Es muy difícil ascender, cuando el ascenso impone sacrificios, cuando el descenso tiene los atractivos del egoísmo. Por eso también la humanidad regresa con frecuencia a su punto de partida, de donde vuelve a levantarse por la solidaridad en el dolor que es, como decía Masci, la fuente de la solidaridad en el progreso.

Eso explica la terrible guerra actual. El positivismo científico, que dió la razón al intelectualismo ha empujado a la humanidad al economismo, desarrollando con energía el espíritu industrial y el guerrero que son fases del espíritu conquistador. La cultura económica ha desprestigiado las demás formas de cultura y la moralidad se ha disuelto. El mismo Dios ha recobrado su antiguo carácter, es un socio comanditario que tiene gran interés en la empresa industrial acometida por sus administradores. La utilidad ha sustituido a ese concepto del cristianismo de un Dios bienhechor, misericordioso, padre de toda la humanidad y que escapaba a todo cálculo de utilidades y provechos materiales.

Explica eso también el porque se discuta sobre la cultura alemana, afirmándola en lo que tiene de científica, de industrial y guerrera, negándola en lo que carece de moralidad ideal, de moralidad fundada en el amor al prójimo.

Eucken había observado ya que el economismo contemporáneo había secado la conciencia dándole la rigidez

del pensamiento lógico. Es esa rigidez la que crea una moral en pugna con la caridad una moral que está muy lejos del sentimiento cristiano. Alfredo Croiset caracterizando la civilización francesa, en su discurso de Noviembre último, opone el espíritu de delicadeza francés al espíritu geométrico alemán, que construye en el dominio de lo abstracto excluyendo todo elemento afectivo que no sea una derivación del lógico. Es a ese espíritu, al que Alemania ha subordinado hasta las manifestaciones libres del arte; ese a ese espíritu al que se debe su actitud actual. Su cultura es esencialmente económica.

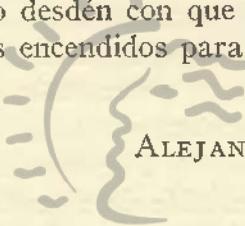
¿Podrá considerarse esa cultura como tipo? Eso es lo que la Alemania misma rechazó por boca de Fichte y de Schiller; lo que hoy rechaza negando resueltamente el haber provocado la guerra y procurando sacudirse de la responsabilidad de sus consecuencias. El sentimiento universal es claro, a este respecto. Presiente los funestos efectos de esa persecución insaciable de riqueza a costa de la moralidad y de la libertad interior sojuzgada por el egoísmo patológico contemporáneo. Es necesario cerrar los ojos para no contemplar el cuadro de corrupción engendrado por esa locura de bienestar material. Es necesario no ver la conciencia que reclama a grito herido una poderosa reacción.

¿Se realizará ésta como resultado final de la guerra? Es posible que suceda; es de desear que suceda. Entre tanto los pueblos en paz deben aprovechar la enseñanza y no permitir que se continúe predicando la supremacía corruptora de la cultura económica, que da a la riqueza material un valor de fin que no tiene.

La verdadera cultura es la que persigue *fines ideales*, verdaderos valores; y el valor de los valores es el valor moral que realiza el valor estético y religioso en la sociedad,

con el auxilio de los medios que le ofrece la conquista de la Naturaleza. Esa cultura es la moral sin la que toda tentativa de progreso fracasa, aún cuando esté apoyada en poderosos recursos materiales.

Si no se educa a los hombres ofreciéndoles modelos vivos de gran desinterés individual, de intensa abnegación, con profundo respeto por la libertad humana, ascenderán penosamente la montaña de la vida, pero se fatigarán bien pronto para descender lo caminado y regresar al fondo del egoísmo y continuar esa vida económica en la que los hombres son considerados como cosas, las agrupaciones como masas disciplinadas para el sacrificio, a las que se arroja al fuego con el mismo desdén con que las masas de hierro se lanzan a los hornos encendidos para fundirlas en estrechos moldes.



ALEJANDRO O. DEUSTUA.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»